

90 años del natalicio de Gabriela Mistral

La voz de Gabriela Mistral adquiere en la poesía chilena del presente siglo, un acento peculiar, un sentido ignorado, que va descubriendo su propio objetivo a medida que la gran poetisa ahonda en sí misma y convierte la dolorida enseñanza de la adversidad en iluminación de sus más hondas experiencias.

Sería interesante señalar las etapas que cubre su creación y partir de aquellas sus primeras imitaciones o ecos de afinidad con un Rubén Darío o con un Amado Nervo. La maestra pueblerina siente desde el primer momento el amor a la niñez, la interrogación de la maternidad. Si más tarde le será negado el hijo real, poblará paulatina y obstinadamente el mundo de infinitos hijos suyos. Para ellos tendrá la dulzura de sus canciones de cuna, el estremecimiento de sus temores, el arrullo de sus palabras más musicales y más simples y el acento cargado de lágrimas y de premoniciones.

Las escuelas rústicas por donde pase, la abrirán también a la naturaleza. En el valle el quinto, en la campiña fértil de Los Andes, en la soledad silenciosa de Punta Arenas, descubrirá que la tierra es pródiga, generosa, y que las ramas de los árboles y el aroma y el sabor de los frutos, son como una lluvia de infinitos dones que se derraman desde los cielos.

Un día surgirá el amor, en singular, que se replegará para concentrarse sobre un determinado ser. Ya la ternura de Gabriela se volverá pasión, fuego, llama abrasadora. En algún momento ese amor humano individualizado sentirá que el amado es el posible padre, la llave capaz de entreabrir la cancela secreta de su ensoñada maternidad. Cuando trágicas circunstancias cercen ese amor, brotarán de sus labios quejas, protestas, desmelenadas imprecaciones, ruegos que son exigencias, reclamos, enfrentamiento ardiente con las potencias más extraterrenas. Pero la súplica retumbará un fondo de piedad para todas las cosas, transplantando ese amor frustrado y hecho imposible, a todo un cosmos que la rodea y del que se siente contempladora y protagonista.

Es digno de nota que en el taladrante sentido de la naturaleza de Gabriela Mistral, incluso por encima de las afinidades con Rabindranath Tagore y la poeta hindú, no hay resabio alguno de panteísmo. Por el contrario, tan incompatible es para ella la noción de un Dios disuelto en las cosas, confundido con éstas, que la imprecación de "El ruego" supone una divinidad concreta,

personal, tan distinta del hombre que éste puede suplicarla y hasta intentar forzar sus designios.

Mientras las voces internas de la pasión sacudieron y agitaron el alma de la Mistral, era difícil distinguir en sus poemas de explosión del sentimiento de las formas mismas de expresión con que lo revestía. A esa altura su poesía era originalísima, inconfundible. Habían quedado atrás las influencias y cantaba con garganta propia, con palabras personalísimas, modelando la estrofa no bajo la exigencia de una composición rígida e impuesta, sino unificando las palabras y el ritmo en una sola y espontánea oleada de pasmo y de desgarramiento.

Paul Valéry, a quien se buscó para que prologara una versión francesa de las poesías de Gabriela, —en vías ya de prepararle el camino del Premio Nobel—, escribió un análisis que ella se apresuró a rechazar. Ni el gran poeta la había entendido ni nuestra inmensa lírica se reconocía en las bellas pero excesivamente formales páginas del autor de "La Jeune Parque". Y, en realidad, no podían darse dos temperamentos más opuestos. Valéry era la poesía archi-consciente, elaborada por las manos de un orfebre, y la conciencia crítica llevada hasta el último extremo. Gabriela era el impulso ciego, el arrebatado extremado, la entrega desenfrenada a la fuerza incoercible de la emoción en todo su despliegue.

Ya en "Tala" y en "Lagar" la pasión se había serenado. La poetisa se sentía absorbida por dos anhelos: el de dar a luz una poesía más íntima, expresiva de sentimientos más purificados y decantados, y el de comunicar una visión de la vida y de las cosas en que su voz se disimulara detrás de éstas y no acallara todo el cántico universal en el clamor dilacerante de su protesta.

A esta altura se agudiza en ella, pasando a primer plano, un fuerte sentimiento americanista. En su alma, combatida por "dos ángeles", triunfó el de la paz, el que extiende sus alas dulces y refrescantes y calma el ardor de las frentes caldeadas y el de los corazones desgarrados. La naturaleza riquísima del trópico o de las zonas frías, el paisaje de la América del norte y central y el de las soledades lujuriosas pero sombrías de nuestro sur, imprimieron a sus poemas un nuevo acento. Acaso perdió en musicalidad externa, en ritmo seductor, pero ganó en intensidad expresiva, en caladura psicológica. Al mismo tiempo, esa expresión en blanco y negro, que tenía algo de llanura devastada o de árbol retorcido



La poetisa Gabriela Mistral en uno de los instantes culminantes de su vida, como fue recibir de manos del Rey de Suecia, el Premio Nobel de Literatura.

por el fuego, se hizo más nítida y coloreada y hasta se permitió ligeros escauceos, pasajeras sonrisas, que daban otra fisonomía a sus creaciones.

En su prosa también se notaba una creciente interiorización. Sus páginas sobre Francisco de Asís, en que va desgañando la personalidad del Pobre-cillo en sutiles retratos, en finas imágenes de retablo, anunciaban esta transformación. Gabriela mira más en la naturaleza una mensajera de encargos sobrenaturales, de recados divinos, que un escenario donde abandonarse a los extremos de sus clamores o a los desbordes de su pasión.

Pero por toda la obra, en el verso y en la prosa, permanece presente una gran dignidad, una actitud majestuosa y sagrada. Reclame a Dion, sueñe al niño, cante junto a la cuna o exalte la belleza y el colorido de las frutas y las flores tropicales, siempre la que lo ha-

ce tiene una postura de reina, un ademán monárquico que le brota naturalmente y ensalza y torna regio todo cuanto ella nombra o alude.

Ayer acaban de cumplirse noventa años de su nacimiento en la localidad de Vicuña, en el valle del Elqui.

Madre sin hijos, ternura sin destino concreto, sigue arrullando o imprecando en cada una de sus creaciones. Sepultada en un pueblo pequeño del norte, devuelta a la tierra en que había abierto los ojos, allí en la lejana tumba reposa para siempre. Sus pupilas desveladas, que tanto sondearon lo infinito e impenetrable, se abrieron definitivamente a la suprema claridad. Bajo la luz de ella, le han sido contestadas todas las interrogaciones que dejó sembradas, palpitarles, estremeciéndose, en sus admirables poemas.

F. D. V.

695708

Presentaron libro de Enrique Skinner. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presentaron libro de Enrique Skinner. [artículo]. il., retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa